

LAS CICATRICES DE AYACUCHO

ESPAÑA EN LA CELEBRACIÓN DE UN CENTENARIO HISPANOAMERICANO¹

AYACUCHO'S SCARS. SPAIN IN THE CELEBRATION OF A HISPANIC AMERICAN CENTENNIAL

Ascensión Martínez Riaza²

Palabras clave

Perú,
España,
Centenario de
Ayacucho,
Diplomacia,
Cultura,
Discurso

Recibido

22-6-2016

Aceptado

6-12-2016

Resumen

El Gobierno de Primo de Rivera (1923-1930) rechazó la invitación oficial del Perú para participar en el Centenario de la batalla de Ayacucho en 1924, enturbiando las buenas relaciones logradas desde el Tratado de Paz y Amistad de 1879. La propuesta indaga en las posibles razones y examina cuál fue la presencia final de España. Se plantea cómo se movió el juego de la diplomacia; ahonda en la decisión de Leguía de acudir a académicos y artistas españoles para dar realce a la celebración y cómo éstos respondieron; se introduce en cuál fue la aportación de la colonia española; y por fin se incide en cómo, a pesar del desplante del Gobierno español, en las ceremonias de Ayacucho se desplegó un discurso hispanista que interpretaba la independencia como resultado de una emancipación en la que los hijos rompieron la tutela política de la madre patria, pero continuaron manteniendo vínculos a través de la pertenencia a una comunidad hispanoamericana en la que se daba a España un lugar preeminente.

Key words

Perú,
Spain,
Ayacucho
Centennial,
Diplomacy,
Culture,
Discourse

Received

22-6-2016

Accepted

6-12-2016

Abstract

When Primo de Rivera's government (1923-1930) rejected Peru's official invitation to participate in the Ayacucho Centennial in 1924, it cast a pall over the cordial relations established since the 1879 treaty of Peace and Friendship. The article discusses the possible reasons for this decision and describes how Spain eventually became involved in the proceedings. It explains the diplomatic maneuvers concerning this matter; Leguía's decision to request the presence of Spanish scholars and artists to enhance the celebration, and their replies; the contribution of the Spanish colony; and finally, how a Hispanist discourse deployed during the Ayacucho ceremonies, despite the affront given by the Spanish government, interpreted independence as the result of an emancipation in which the offspring broke the political tutelage of their mother country, but continued to maintain ties through their membership in a Hispanic American community in which Spain held a preeminent position.

1 Este artículo surge del Proyecto de Investigación «Donde la política no alcanza. El reto de diplomáticos, cónsules y agentes culturales en la renovación de las relaciones entre España e Iberoamérica, 1880-1939», HAR2014-59250R, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

2 Universidad Complutense de Madrid, España. amriaza@ghis.ucm.es.

INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre España y el Perú tejidas durante la Restauración y la República Aristocrática después de la firma del Tratado de Paz y Amistad del 10 de agosto de 1879 se intensificaron durante el Oncenio de Leguía (1919-1930) y la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) con la gestión de una diplomacia más profesional y preparada junto a la firma de convenios y acuerdos institucionales, aunque siguió siendo la cultura el catalizador de iniciativas promovidas por individuos y círculos minoritarios con escaso impacto popular (Martínez Rianza 1994a). Fueron las manifestaciones simbólicas (conmemoraciones y celebraciones) las que en determinadas coyunturas permitieron medir la capacidad de respuesta o el interés de la comunidad política y cultural y de los medios de comunicación.³ En el Oncenio coincidieron dos acontecimientos especialmente significativos en la construcción del nacionalismo peruano: el Centenario de la proclamación oficial de la independencia en 1921 y el de la última victoria militar frente a los ejércitos realistas, la batalla de Ayacucho, en diciembre de 1924.⁴ Leguía capitalizó las dos celebraciones convirtiéndolas en un escaparate de sus logros y tratando de ofrecer a la sociedad, particularmente a la limeña, un motivo de diversión y esparcimiento. De hecho, las agendas estuvieron saturadas de inauguraciones de obras públicas y monumentos, ceremonias civiles y religiosas, paradas militares y festejos, tales como estrenos teatrales, declamación de poemas o corridas de toros (Sotela 1927, pp.16-76; Orrego 2014, pp.74-87 y 93-103).⁵ Si en el Centenario de la Independencia Leguía se encontraba en una fase de consolidación tras el golpe que había propiciado y que le había llevado a la presidencia el 4 de julio de 1919, en 1924 volvía a acudir a una manifestación simbólica no solo para reafirmarse en el orden interno, tras haber impuesto su reelección, sino también para consolidar su posición en la región invitando a las repúblicas americanas, con excepción de Chile debido al conflicto de límites que mantenían desde la Guerra del Pacífico. Ortemberg, en una propuesta novedosa, entra en la vertiente geopolítica de los centenarios, particularmente en la manera en que el Perú, Chile y Argentina movieron sus peones para afirmar su posición regional (2015 y 2016). Asistieron, finalmente, embajadas y misiones de treinta países, incluidos europeos, asiáticos y uno africano. Pero solo acudió un presidente, el mandatario de Bolivia, Bautista Saavedra (Sotela 1927, pp.137-142; Ortemberg 2016, p.153).

3 Para la utilización de las conmemoraciones como herramienta de nacionalismo y legitimación de gobiernos, Moreno Luzón y Gutiérrez Viñuales 2012, pp.11-21.

4 Estudios historiográficos sobre el Oncenio coinciden en la escasa atención prestada a un tiempo crucial en la historia del Perú contemporáneo: Irurozqui 1994, Drinot en prensa.

5 Martuccelli Casanova atiende a los cambios urbanísticos y a la erección de monumentos en el contexto del proyecto modernizador de la Patria Nueva, 2006, pp.259-272; Chaupis Torres, que incurre en algunas imprecisiones en las referencias que consulta, añade discursos y el tratamiento que se dio al Centenario en los números extraordinarios que dedicaron las revistas culturales *Varietades* y *Mundial*, 2015, pp.135-139.

La participación de España no estuvo a la altura de las expectativas. Las peticiones para que Alfonso XIII asistiera como invitado de honor fueron desechadas por los gobiernos de turno y tampoco las delegaciones que finalmente representaron a la exmetrópoli tuvieron relevancia especial. En el escenario español, el éxito del pronunciamiento de Primo de Rivera de 13 de septiembre de 1923 estuvo propiciado por el descrédito de los gobiernos de la Restauración y su incapacidad para hacer frente a la inestabilidad social, la cuestión catalana y los frentes externos, como la guerra en Marruecos. En un principio, se presentó como un régimen de transición, necesario para erradicar los malos hábitos de la política, restablecer el orden y recuperar el prestigio en África. Sin embargo, a lo largo de 1924, con el aval público de Alfonso XIII, se fueron dando pasos para perpetuar la Dictadura. Se iba imponiendo “la modernización autoritaria” que refiere González Calleja (2005). Política y cultura se entrelazaron en los planes del Directorio. La historiografía reciente coincide en que hubo un cambio en relación con Hispanoamérica, que se convirtió en objetivo destacado de la acción exterior. Se trataba de incrementar el prestigio en el continente y de configurar un bloque unido, bajo liderazgo español, de cara a las aspiraciones de conseguir un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones.⁶

Más que la diplomacia, la cultura fue plataforma para avanzar en la conformación de una comunidad hispanoamericana, con el añadido de que la política expansionista de los Estados Unidos motivó que algunas repúblicas miraran hacia España que, tras la pérdida de sus últimas colonias, había abandonado sus veleidades imperiales. Sepúlveda diferencia las dos corrientes del hispanoamericanismo que se configuraron a finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX. Por un lado, el hispanoamericanismo progresista que trataba de convertirse en un elemento dinamizador para regenerar a España mediante su proyección americana, que anteponía la lengua y la cultura a la historia y la religión y que perdió fuerza en los años veinte (Sepúlveda 1994, pp.93-136 y 2005, pp.123-153). Por otro lado, el panhispanismo, que sería doctrina oficial del primorriverismo y que descansaba en cuatro pilares: un fuerte componente nacionalista, la reivindicación del pasado colonial español, la exaltación de la religión católica y la defensa de un orden jerárquico hegemónico por España (Sepúlveda 1994, pp. 67-90 y 2005, pp. 99-121).⁷

Con vistas a la celebración de Ayacucho, Leguía renovó sus intenciones de dar a España un lugar preeminente y cursó invitación al rey Alfonso XIII, con el deseo de que, si su asistencia no fuera posible, el Gobierno enviara una embajada oficial que estuviera al nivel, si no lo superara, de la que concurrió en 1921. Los representantes diplomáticos des-

6 Martínez de Velasco incide en cómo para lograrlo se reformó y profesionalizó el cuerpo diplomático, ampliando la representación de España en aquellas repúblicas (1977 y 1980). Pereira Castañares sistematiza los instrumentos empleados para hacer efectivo ese liderazgo; por un lado, los cambios en el Ministerio de Estado, por otro, el aumento de la representación diplomática y consular (1986); Del Arenal retoma y ratifica estas aportaciones (2011, pp.26-27).

7 Es también la opinión, entre otros, de Sueiro (1992, p.143) y González Calleja (2005, pp.125-127).

tacados en Madrid y Lima se movieron en ese sentido, pero el Directorio militar no solo optó por declinar la invitación sino se abstuvo de organizar ningún acto en España que recordara la batalla de Ayacucho, “la desgraciada batalla”, como la llamaron los oficiales realistas que capitularon en la Pampa de la Quinua el 9 de diciembre de 1824. No hubo una declaración formal y pública que explicara las razones, pero en el trasfondo estaban las “cicatrices de Ayacucho”, la última derrota de los ejércitos españoles en el continente americano, que persistían abiertas en la memoria de los militares en el poder y de personajes de influencia en la vida política, lo que explica que el Directorio prefiriera evitar la participación en una celebración que se anunciaba dedicada a ensalzar a los vencedores, con Bolívar y Sucre a la cabeza. Había otros motivos: cuando llegó la invitación oficial, el régimen enfrentaba problemas de envergadura, entre ellos el separatismo catalán y la guerra en Marruecos que, a mediados de año, entraba en una situación crítica.

AYACUCHO Y EL JUEGO DE LA DIPLOMACIA

Cuando el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Alberto Salomón, anunciaba que el presidente había decidido celebrar el aniversario de Ayacucho, adelantaba que “se invitaría especialmente a nuestra Madre Patria”. Su sucesor, César A. Elguera, daba un paso adelante personificando la invitación en el rey de España.⁸ La representación diplomática de ambos países se activó entonces para conseguir que se concretara la presencia oficial española. Las dos legaciones ostentaban, en ese momento, un marcado carácter familiar. En Lima era ministro residente, desde el 17 de junio de 1919, Jaime de Ojeda Brooke, y secretario, su hermano Gonzalo, hijos de Emilio de Ojeda Perpiñán que había ocupado la Legación de junio de 1884 a julio de 1888 y de diciembre de 1890 a agosto de 1894. En Madrid, el hermano del presidente, Eduardo S. Leguía, presentaba credenciales el 27 de mayo de 1924, y desde antes era primer secretario el cuñado del presidente, Guillermo Swayne y Mendoza.

En la manera de tratar la participación en el Centenario, la diplomacia española mostró una doble cara. Tanto Jaime como Gonzalo de Ojeda eran decididos partidarios de que España estuviera representada y explicaron sus razones. En el Ministerio de Estado (ME), por el contrario, las autoridades competentes entendieron que con la misión enviada al Centenario de la independencia ya se había cumplido con creces y, además, no tenía sentido asistir a la celebración de lo que había sido una derrota de las armas españolas. Haciéndose eco de las noticias oficiales, el 26 de diciembre de 1923, Jaime de Ojeda en despacho al ME daba cuenta de que se iba a celebrar con solemnidad el Centenario de la batalla de Ayacucho, “último hecho de armas de importancia de la guerra de la independencia sudamericana”, y que se pensaba invitar solamente a España –se barajaba el nombre del cardenal Benlloch– y a los países hispanoameri-

8 Memoria del Ministerio de RREE, 1923, Lima, Imprenta La Opinión Nacional, 1923; Perú. Ministerio de Relaciones Exteriores. Memoria que el Ministro de Relaciones Exteriores Dr. César A. Elguera presenta al Congreso Ordinario de 1924. Lima, Casa Editora “La Opinión Nacional”, p. LXXIII.

canos.⁹ El ministro consideraba que sería “altamente conveniente que España hiciera algo en esa circunstancia que podría ser incluso enviar a un miembro de la casa real”.¹⁰

Siguiendo el protocolo, se hizo cargo del asunto el conde de Montefuerte, de la Sección Informante del ME, quien emitió un dictamen desfavorable. Según su argumento, España había venido rindiendo homenaje a los héroes más o menos importantes de la lucha de la independencia americana, “festejando con aquellos pueblos hermanos centenarios de su liberación de la Metrópoli olvidando, para ello, rencores y agravios”, y asistido “a conmemoraciones de hechos bélicos de aquella epopeya, muchos de ellos sin importancia real, pero hiperbólicamente cantados para forjar una historia” hasta el punto que, de seguir a ese paso, “no va a quedar escaramuza por festejar ni guerrillero por glorificar”. Opinaba que ya se había cumplido con el Perú con el envío de la misión Viñaza a las fiestas de la Independencia, “hecho que fue corolario de la desgraciada batalla de Ayacucho”, y que no tenía sentido en tan poco tiempo conmemorar la causa de tal independencia, lo que además sentaría un precedente “y no podríamos rehuir, sin dificultad, otras invitaciones para fiestas similares que para recuerdo de hechos de armas de mayor o menor monta se celebren”. Y no se podía pensar en que asistiera el cardenal Benlloch, porque acababa de concluir su visita al Perú. Por eso creía conveniente que se le exigiera al ministro en Lima que tratara de “rehuir” [sic] la invitación.¹¹ El subsecretario del ME Fernando Espinosa de los Monteros dilató su respuesta a Ojeda hasta el 9 de mayo. Entonces, haciendo suyo el dictamen, le solicitaba que “con su tacto habitual” procurara rehuir la invitación porque el Gobierno entendía que ya había festejado con toda solemnidad y de manera oficial el Centenario de la Independencia del Perú y, por lo tanto, se creía relevado de hacerlo en el de Ayacucho.¹²

Simultáneamente, en Madrid, tras presentar credenciales, Eduardo S. Leguía se apresuraba a escribir a Espinosa de los Monteros para que hiciera llegar a Alfonso XIII la carta autógrafa fechada el 14 de febrero, por la cual el presidente de la República del Perú “invita a Su Majestad el Rey Alfonso XIII a concurrir, personalmente si fuera posible, a solemnizar las festividades con que mi gobierno se propone celebrar el primer centenario de la batalla de Ayacucho”. El mismo día 6 de junio, el subsecretario le respondía que había cumplido el encargo. Pero no se limitó a ello, sino que se permitió dar su opinión al marqués de Torre de Mendoza, entonces secretario personal de Alfonso XIII, en el sentido de que Ojeda debía evitar que España fuera invitada, “por

9 El cardenal Benlloch había realizado a finales de 1923 una visita por diferentes países hispanoamericanos comisionado por Pío XI y el rey de España. Para la estancia en Lima, Linares Málaga (rec.) 1924; Martínez Riaza 1994b, pp.352-355; Domínguez Méndez 2013, pp. 218-233.

10 Jaime de Ojeda al subsecretario del ME, Lima, 26 de diciembre de 1923, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Correspondencia Embajadas y Legaciones, H 1680.

11 El conde de Montefuerte al subsecretario del ME, s.f, AMAE, Política H 2603, cit. Martínez de Velasco 1981, pp.190-191.

12 El subsecretario del ME Espinosa de los Monteros al ministro en Lima, Madrid, 9 mayo de 1924, AMAE, Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

entender que si está muy bien que España celebre y festeje la Independencia del Perú es ya quizás un poco excesivo que festeje y celebre también el Centenario de la batalla de Ayacucho".¹³ No era el único con esa opinión, la trama del Centenario se extendía a Londres donde ejercía como embajador Alfonso Merry del Val, amigo personal de Espinosa de los Monteros, e igualmente partidario de quedar al margen del evento. Le escribía con motivo de la intención del encargado de Negocios del Perú Rivera Shreiber y de las otras repúblicas bolivarianas de celebrar el Centenario. Aunque como diplomático debía ser cauto, confesaba: "nunca me ha gustado celebrar los fastos nacionales hispano-americanos y menos me ha de agradar el festejar la de aquella malhadada batalla por motivos obvios". Y, sin más, pedía instrucciones al ME.¹⁴ En una nota no oficial, Espinosa de los Monteros hacía a Merry del Val la crónica de lo sucedido desde que hacía algún tiempo Jaime de Ojeda les había anunciado el propósito del gobierno peruano de invitar a España y cómo se le instruyó que hiciera lo posible para que no se efectuara, porque España ya había hecho bastante con enviar la Misión del conde de Viñaza al Centenario de la Independencia "y que pedirnos que conmemorásemos la última vez que peleamos y fuimos derrotados en la que fue América Española era, aun reconociendo la buena intención del Gobierno del Perú, cosa demasiado fuerte". El problema era que Ojeda no había encontrado el modo de evitar la invitación, lo que era explicable dada su posición. De otro lado, hacía aproximadamente un mes que se había recibido la nota de Leguía invitando al rey pero "como si la invitación no nos hizo gracia, una vez hecha no había manera de rechazarla," y por eso Alfonso XIII contestó que circunstancias especiales le privaban de asistir pero que se haría representar por el ministro en Lima con carácter de embajador extraordinario.¹⁵

Era Gonzalo de Ojeda, en calidad de encargado de negocios por ausencia de su hermano ministro, quien recibió la notificación del 9 de mayo y, aunque adelantaba que daría fiel cumplimiento a las órdenes, se permitía hacer una serie de consideraciones. El gobierno peruano se proponía que enviaran embajadas todos los países de habla española. Se daba por hecho que España se haría representar, por eso se le preguntaba continuamente si ya había sido designada la persona o personas o si el gobierno había dado por buena la invitación que el ministro de RREE, señor Salomón, había cursado a la Infanta Doña Eulalia, hija de Isabel II, en su encuentro en París. En tales circunstancias, le parecía que la ausencia de España produciría mala impresión en la opinión general y en el presidente Leguía. Además, se vería afectada la ya débil influencia de España en América y cabía el peligro de que se interpretara como una muestra de indiferencia o de desafecto de España hacia sus antiguos dominios y no por su verda-

13 Minuta del subsecretario del ME al marqués de Torre de Mendoza, Madrid, 9 de junio de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

14 Merry del Val al subsecretario del ME, Londres 21 de junio de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

15 Espinosa de los Monteros a Merry del Val, Madrid 30 de julio de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones, H 2603.

dero motivo que era de orden material. Le preocupaba cómo lo recibiría el Perú que siempre había mostrado su afecto, recientemente simbolizado en el regalo de la magnífica sede para la Legación y en el “nobilísimo gesto” que había tenido el presidente de mandar erigir un monumento a los restos de los españoles que sucumbieron en el Perú durante la guerra de la independencia y la jornada del Callao, que al fin y al cabo habían sido sus enemigos. Había que introducir también el factor geoestratégico, pues todos los países tenían sus miradas puestas en América, incluso algunos como Italia no perdían ocasión “para conquistar simpatías y mercados”. Ojeda creía necesario contrarrestar estos riesgos, a lo que la ausencia de una embajada de España no ayudaría.¹⁶ A finales de agosto, se concretó entonces la decisión del rey de que Jaime de Ojeda fungiera como su Embajador Extraordinario y se le destinara un crédito de tres mil pesetas para los gastos que pudieran originarse.¹⁷ Con un escueto cablegrama, el 10 de diciembre se le pedía a Ojeda que transmitiera al presidente del Perú el saludo del rey y el gobierno con motivo “del Centenario celebrado por país amigo en el cual España tiene el honor de estar representada”.¹⁸

Por su parte, Eduardo S. Leguía había impulsado gestiones para asegurar la presencia oficial de España en Lima. El 26 de septiembre, informó al ministro de Relaciones Exteriores que se había entrevistado en diferentes ocasiones con el subsecretario de Estado y con Primo de Rivera, y consideraba el rechazo como una muestra de la apatía de España en lo que tenía que ver con el acercamiento hacia América:

Infortunadamente en todas esas conferencias recibí la misma invariable respuesta, tanto del subsecretario como del Presidente del Directorio. Ninguno aludió siquiera en el curso de nuestras discusiones como pretexto del retraimiento a la situación económica de este país, y ambos se concentraron siempre a insistir como única disculpa en que España creía haber evidenciado su afecto al Perú enviando un buque de guerra y una embajada especial a la celebración del Centenario del año 1921, y que en tal virtud solo podía ahora investir a su Ministro en Lima con el carácter de Embajador Extraordinario.¹⁹

Al finalizar el año, Jaime de Ojeda hacía balance de unas fiestas en las que se habían sucedido, sin interrupción con ceremonias, actuaciones y agasajos en las que habían rivalizado en “esplendidez” el gobierno peruano y las embajadas extranjeras, especialmente las americanas. Todo ello amenizado por “millares” de discursos encaminados a ensalzar los méritos de Bolívar, Sucre y San Martín. El ministro había hecho un gran esfuerzo por asistir, a pesar de su situación delicada derivada de la escasa participación de España y

16 Gonzalo de Ojeda encargado de Negocios, Legación de España en Lima, 2 de Julio de 1924. AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

17 El subsecretario del ME. Fernando Espinosa de los Monteros a Jaime de Ojeda, Madrid 30 de agosto de 1924, AMAE Política, H 1680, cit. Martínez de Velasco, 1981, p.194.

18 El subsecretario de Estado del ME al ministro en Lima, Madrid 10 de diciembre de 1924, AMAE Política H 1680.

19 Eduardo S. Leguía, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario al ministro de Relaciones Exteriores Perú, Madrid 26 septiembre de 1924, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (AMRREE), Sección Diplomática, Legación del Perú en España, 5-13 A.

de la muy desfavorable impresión que ello había producido. De otro lado, su falta de recursos le había impedido corresponder pero aun así iba a dar un banquete para los elementos oficiales españoles y los intelectuales que habían ido invitados por el Perú.²⁰

Descartada la vía de la diplomacia, el gobierno del Perú decidió acudir a intelectuales y artistas de prestigio que dieran prestancia a la celebración. Eduardo S. Leguía contactó a Ignacio Zuloaga, Eduardo Gómez Baquero, Julio Romero de Torres, Luis Araquistáin, Azorín, Santiago Ramón y Cajal, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, Manuel González de Hontoria, Gabriel Alomar, Vicente Gay, Adolfo Bonilla San Martín, Eugenio D'Ors, Ramiro de Maeztu, Luis Torres Quevedo, Niceto Alcalá Zamora, Julio Camba, Rafael Altamira (que en una larga nota alegaba que sus obligaciones como Juez Permanente de Justicia Internacional le impedían la asistencia, pero que se adhería a la conmemoración), Gregorio Marañón (que expresaba su gran amor a la república peruana en la que tenía queridos discípulos), Mariano Benlliure (autor de la escultura de San Martín ganador del concurso del gobierno peruano en 1907) y Miguel de Unamuno (que daba como razón el que estaba exiliado en París). Lamentablemente, todos ellos, excepto Gay y Camba, excusaron su asistencia.²¹ *El Sol*, periódico editado en Madrid y crítico con el régimen, ya había publicado algunos de los nombres el 16 de octubre de 1924 (Martínez Rianza 1994a, p.284).

La prensa española de opinión dio escasa cobertura al evento. *El Sol* fue el que más se preocupó por los asuntos hispanoamericanos, pero las relaciones con el Oncenio se hicieron tensas y el Centenario de Ayacucho casi provocó un incidente diplomático. A finales de octubre, el editorial "A lo que obliga Ayacucho" mostraba su sorpresa ante la "débil representación" española, de la que se hacía eco la prensa peruana. Para el autor, las guerras de independencia fueron guerras civiles, revoluciones políticas que buscaban una meta universal, como lo era la soberanía de los pueblos. No había, por lo tanto, desdoro en celebrar la batalla de Ayacucho, donde junto con el general Sucre había vencido también la España liberal. Sin embargo, añadía que no era precisamente afecto a las libertades el presidente Leguía, quien, según carta de un distinguido universitario peruano que se publicaba en Costa Rica, distaba mucho del ideal de Ayacucho: había deportado a Haya de la Torre y expulsado a veinte estudiantes de la Universidad del Cuzco, se había suprimido varias revistas y encarcelado a estudiantes disidentes.²² La respuesta del ministro Leguía fue más que airada. En el día enviaba para su publicación una carta al director de *El Sol*, Félix Lorenzo. Aclaraba que la deportación de Haya de la Torre se debía a la campaña antigubernamental que, al amparo de una supuesta inmunidad universitaria, venía realizando; la expulsión de una decena de estudiantes del Colegio Nacional de Ciencias del Cuzco (no de la Universidad) había sido, según él, una

20 El ministro de España en Lima al presidente del Directorio militar, Lima 27 de diciembre de 1924, AMAE, Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

21 Eduardo S. Leguía, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario al ministro de Relaciones Exteriores, Madrid 6 de noviembre de 1924, AMRREE Legación del Perú en España 5-13 A.

22 *El Sol*, 25 de octubre de 1924.

medida disciplinaria que nada tenía que ver con la política. En cuanto a la persecución de la prensa, cualquiera podía constatar que se publicaban periódicos manifiestamente hostiles hacia el presidente. En lo que atañía al Centenario de Ayacucho, recordaba que el Perú quería rendir un homenaje a España invitando a un grupo selecto de escritores y artistas para que fueran sus huéspedes de honor.²³

Cuando ya en los días de Ayacucho el gobierno español cerraba todas las puertas comunicando al ministro que no pensaba organizar ningún acto para conmemorar el Centenario de Ayacucho, Eduardo S. Leguía resumió que con su actitud “el Gobierno español contempla, si no con desdén por lo menos con indiferencia cuanto respecta a su decantado espíritu hispanoamericano”.²⁴

LOS INVITADOS DE LEGUÍA. DE LA «INVISIBILIDAD» DE CAMBA AL COMPROMISO HISPANOAMERICANISTA DE JIMÉNEZ DE ASÚA Y GAY

La negativa de la mayoría de los intelectuales y artistas invitados en una primera instancia redujo la presencia en Lima al periodista Julio Camba y a los académicos y juristas Luis de Jiménez Asúa y Vicente Gay y Forner.²⁵ Todos ellos viajaron juntos. Se reunieron en Cherburgo y el 19 de noviembre de 1924 embarcaron en el *Majestic* que les conduciría a Nueva York, desde donde zarparían el 27 de noviembre en el *Santa Ana*, un buque de la Grace Lane para atracar en el Callao la tarde del 8 de diciembre.²⁶ Significativamente, apenas dejaron testimonio de su asistencia a las ceremonias oficiales y a las fiestas organizadas con motivo del Centenario al que habían sido invitados. Julio Camba escribió cinco artículos que publicaría *El Sol* (1925), Jiménez de Asúa explicó su experiencia en *El Derecho Penal en la República del Perú* (1926) y Gay escribió en *El Imperio del Sol. En torno a los orígenes y formación del Perú moderno. En el Centenario de la batalla de Ayacucho* (1926) (Martínez Riaza 1994a, p.284). En Lima, Camba se mantuvo en silencio, en un estado de “invisibilidad” quizás premeditada o posible producto de la indiferencia de un personaje altivo que no pensó que debiera retribuir de algún modo a sus anfitriones. Jiménez de Asúa y Gay sí se implicaron en

23 *El Sol*, 26 de octubre de 1924.

24 Eduardo S. Leguía, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario al ministro de Relaciones Exteriores Perú, Madrid, 10 de diciembre de 1924, AMRREE, Legación del Perú en España 5-13 A.

25 Los dos últimos fueron reconocidos “oficialmente” por el gobierno español. Pasados los festejos, Jaime de Ojeda transmitió al ministro de Relaciones Exteriores el agradecimiento por las atenciones prestadas a ambos durante el Centenario, Jaime de Ojeda al Sr Alberto Salomón, ministro de Relaciones Exteriores, Legación de España en Lima, Barranco 24 de abril de 1925. *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú*, 1925. Según Orrego, siguiendo a Basadre, España estuvo representada por el poeta y novelista Villaespesa, 2014, pp.93 y 118.

26 La prensa española recogió escuetamente noticias del viaje: ABC de 9 de diciembre 1924 incluía una nota de agencia fechada en Panamá el 8 de diciembre 1924 sobre el paso de los tres miembros de la embajada española y el 14 de diciembre anunciaba que habían llegado “a esta capital los intelectuales españoles Sres. Jiménez de Asúa, Gay y Camba”.

actividades paralelas, particularmente en el Tercer Congreso Científico Panamericano y en la preparación de un Congreso de intelectuales iberoamericanos. ¿A qué pudo deberse la invitación de Leguía? Julio Camba era un periodista de éxito que publicaba en numerosos medios de comunicación. Los años veinte fueron especialmente productivos y aumentaron su prestigio y popularidad. Desde 1920, colaboraba en *El Sol* con sus "Crónicas de Camba" que le reportaron buenos ingresos (González Soriano 2015, pp.10-82; Revilla Guijarro 2002). Su "retribución" al Perú sería marginal y se retrasaría, porque "el prolífico" Camba no publicaría ningún artículo en la prensa española entre noviembre de 1924 y septiembre de 1925. Se concretó en cinco artículos que aparecieron en *El Sol* los días 7 noviembre, 8 noviembre, 21 noviembre, 24 noviembre y 9 diciembre de 1925 bajo el título genérico "Un viaje al Perú". No eran inéditos porque ya los había publicado en el diario *La Nación* de Buenos Aires (González Soriano 2015, pp. 347-371). Consistían en unos breves relatos de viaje, a modo de divertimento, que se detenían en el momento en que arribó al Callao sin mencionar ninguno de los actos del Centenario, ni atender a temas sociales, culturales o políticos que dieran a los lectores un pulso sobre la realidad del Perú. Solo en el primero, "Los indios y los perforantes" relataba cómo trató de convencer, sin éxito, al pintor Ignacio Zuloaga para que aceptara la invitación acudiendo a la imagen de un país atractivo, "único en la Tierra".²⁷ Era el Camba distante y displicente que pasó por Lima sin que Lima pasara por él, sin que el Perú del Centenario de la batalla de Ayacucho le mereciera siquiera unas líneas de las tantas que escribió.

El catedrático de Derecho Penal de la Universidad Central de Madrid, Luis Jiménez de Asúa, fue un hombre comprometido con la opción republicana. Hasta el regreso de América, a comienzos de 1925, procedente del Perú y Argentina no se manifestó públicamente en contra de la dictadura primorriverista. Sería en 1926, tras volver de un nuevo periplo americano, cuando mostró abiertamente sus discrepancias, lo que le valió el confinamiento y su renuncia a la cátedra en los meses finales del régimen (García Queipo de Llano 1987, pp. 223-224 y 512-516).²⁸ En cuanto a las razones que le llevaron al Perú, desvelaba que, a finales de octubre de 1924, recibió una carta del doctor Víctor M. Maúrtua agradeciéndole el artículo que había publicado en *La Prensa* de Buenos Aires sobre el nuevo Código penal peruano y adelantándole que iba a tratar de que lo invitaran al Tercer Congreso Científico Panamericano a celebrarse en Lima bajo auspicio del gobierno. En los primeros días de noviembre, recibió una nota del ministro del Perú en Madrid invitándolo, junto con un grupo selecto de la intelectualidad y arte españoles, a asistir al Centenario de la batalla de Ayacucho, la cual se cruzó con la propuesta formal para participar en el Congreso Científico Panamericano, porque

²⁷ *El Sol*, 7 de noviembre de 1925.

²⁸ Durante la Segunda República fue diputado e intervino en la elaboración de la Constitución de 1931 y otras leyes importantes. En 1939 se exilió a Buenos Aires y llegó a ser presidente de las Cortes y presidente interino de la República en el exilio, *Diccionario de Catedráticos Españoles de Derecho (1847-1943)* Universidad Carlos III de Madrid, <http://www.uc3m.es/diccionariodecatedraticos>.

los organizadores creían que era indispensable contar con los sabios europeos que se habían distinguido en estudios concernientes a América, y Jiménez de Asúa se encontraba entre ellos. Decidió, entonces, aceptar ambos ofrecimientos (Jiménez de Asúa 1926, pp. 5 y 73).

Vicente Gay y Forner era catedrático de Economía y Hacienda Pública. Se vinculó a comienzos de siglo con instituciones académicas americanas, visitó varias repúblicas y promovió los estudios americanistas desde la Sección de Estudios Americanistas de la Universidad de Valladolid que había fundado. Partidario de Primo de Rivera, ocupó distintos cargos en la última etapa del régimen.²⁹ En su caso, las posibilidades de asistencia estuvieron sujetas al permiso del Ministerio de Instrucción y Bellas Artes del que dependía y fue gestionado desde el ME a instancias de la Legación del Perú en España.³⁰

Se trataba de dos intelectuales de perfil muy distinto que habían transitado y transitarían por caminos ideológicos y políticos paralelos. Su manera de entender la relación de España con Hispanoamérica coincidiría en algunos supuestos y diferiría en otros, ya que Jiménez de Asúa se alineó en la corriente del hispanoamericanismo progresista, mientras Gay avaló la formulación conservadora de la Dictadura. Tampoco compartieron su opinión sobre Leguía. El ser invitado oficial no impidió a Jiménez de Asúa denunciar la política universitaria del Oncenio que había derivado en una lucha abierta entre el gobierno, los estudiantes y los profesores de Lima. Como protesta, el rector de San Marcos no asistió al Congreso Científico Panamericano, que fue presidido por un político, el ministro de Relaciones Exteriores Alberto Salomón. Profesores que sí asistieron, como Óscar Miró Quesada, dejaron su medalla en la puerta del recinto (Jiménez de Asúa 1926, p. 91). En el otro extremo, Gay no ocultaba su admiración por el presidente, con el que tuvo varios encuentros en los que Leguía le hizo manifestaciones explícitas de hispanismo. En la primera ocasión, cuando el ministro Ojeda lo presentó como profesor español, el mandatario puntualizó que “en el Perú los españoles eran peruanos”. Y en esa tónica, días más tarde en una parada militar, el presidente señaló al agregado naval español en Washington, Adolfo Solás, que “si hubiese venido un general español, habría mandado como general en jefe a las tropas peruanas” (Gay 1926, p. 80). Gay valoraba positivamente los logros de Leguía, sin el que no se podía entender el Perú moderno, y alababa su formación en el mundo de los negocios junto con su experiencia como ministro de Hacienda, así como su cordialidad y cercanía (Gay 1926, pp. 331-338).

29 Fue admirador del fascismo italiano, se manifestó contra la Segunda República y se le desposeyó de su cátedra. Buscó refugio en Burgos, donde el gobierno rebelde de Franco le confió en enero de 1937 la Delegación de Prensa y Propaganda. Durante los últimos años se alejó de la política y se dedicó a la academia y la investigación; *Diccionario de catedráticos Españoles de Derecho (1847-1943)*, Universidad Carlos III de Madrid <http://www.uc3m.es/diccionariodecatedraticos>.

30 Eduardo S. Leguía al Excmo. Sr. Don Fernando Espinosa de los Monteros, subsecretario de Estado Legación del Perú en España, Madrid 23 de octubre de 1924; y Espinosa de los Monteros al secretario del Ministerio de Instrucción y Bellas Artes, 29 de octubre de 1924, AMAE Política H 2603.

Al margen de los fastos del Centenario, los dos académicos buscaron foros más pragmáticos para relacionarse con otros colegas e intelectuales y expresarse a partir de allí sobre la relación de España con América. Esos escenarios fueron el Tercer Congreso Científico Panamericano, que sesionó del 20 de diciembre de 1924 al 6 de enero de 1925, y la reunión preparatoria de un Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos. Jiménez de Asúa daba la máxima importancia a un Congreso cuya historia se remontaba a 1898, cuando bajo el nombre de Congreso Científico Latinoamericano se había reunido por primera vez en Argentina, y que pasaría a denominarse Panamericano al sumarse los Estados Unidos. A petición de los delegados de Chile, el Tercer Congreso estaba programado para celebrarse en Lima en 1921 con motivo del Centenario de la independencia, pero se había postergado. Jiménez de Asúa llegaba al Congreso Científico con una invitación formal, a título individual, y por su intermediación, y atendiendo a la petición que le hiciera Gay durante el viaje, también este último estuvo presente (Jiménez Asúa 1926, p. 73). El jurista español se incorporó a la sección de Ciencias Jurídicas, en la subsección de Derecho Penal, y se le honró con la oportunidad de abrir la sesión con un tema de su preferencia, "Las nuevas direcciones biológicas en la ciencia penal". Además, defendió una ponencia sobre el "aborto autorizado" y se ocupó de clausurar la subsección el 3 de enero de 1925 (Jiménez de Asúa 1926, pp.73-86). El Congreso le permitió a Gay entablar amistad con sabios de ambas américas y establecer vínculos culturales, que confiaba darían resultado a futuro (Gay 1926, pp. 297-298).

Juntos participaron en una de las reuniones preparatorias del Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos (según la referencia el nombre varía) que tuvo lugar el 30 de diciembre en el Hotel Bolívar. El intelectual peruano Edwin Elmore condujo la sesión en la que tuvieron oportunidad de difundir iniciativas americanistas que se desarrollaban en España, por ejemplo las de la Universidad de Valladolid.³¹ El proyecto había partido del colombiano Baldomero Sanín Cano en enero de 1923 y fue asumido por Elmore, quien promovió la formación de un circuito integrado por intelectuales de distintos países, con fuerte presencia de Cuba. Los contactos se prolongaron al menos hasta diciembre de 1925 y en su paralización incidió el asesinato de Elmore por José Santos Chocano.

El Centenario de Ayacucho fue plataforma desde la que Jiménez de Asúa y Gay se manifestaron sobre la independencia y el sentido de la derrota final; y, en un plano más amplio, sobre el hispanoamericanismo y el panamericanismo. Compartieron la manera de entender la batalla de Ayacucho y, por ende, la independencia de la América española, que fue una emancipación, es decir, el resultado de una maduración que España propició preparando a sus hijas para la vida independiente. Jiménez de Asúa nunca pensó que un español pudiera sentir repugnancia en asistir a los festejos con que América conmemoraba el término del poder colonial. La batalla de Ayacucho que puso fin a la dominación de España no fue estrictamente un combate: "en los llanos de Ayacucho tuvo lugar un nacimiento. El 9 de diciembre de 1824 le nació a España el hijo peruano,

31 La noticia se publicó en *El Comercio*, Lima, 31 de diciembre de 1924.

demasiado crecido ya para permanecer en el seno de la Madre". España sintió entonces el dolor del parto, pero ahora contemplaba con orgullo a los hijos que nacieron de ella, por eso ir al Centenario de Ayacucho no era ir a celebrar una derrota, sino a alegrarse del aniversario de un natalicio (Jiménez de Asúa 1926, p.5). Gay daba su versión de cómo se llegó a Ayacucho, aunque consciente de su situación de invitado del Perú y al tiempo de hombre leal al gobierno español, se iba por la tangente: "Lógica y noblemente humano ha sido, pues, que el gobierno español estuviese representado en el Centenario y que yo me sintiese honrado al ser invitado por el gobierno del Perú a los festejos". Se alineaba en la teoría de la emancipación, un proceso en el que el hecho militar no fue sustancial, porque lo importante fue que se trató de un triunfo de la vida, el grito de un hijo "cuyo primer bautismo es el de la sangre de la madre dolorida" (Gay 1926, p.73).

Hispanoamericanismo y panamericanismo no eran sino dos caras de la misma moneda en cuyo epicentro estaba España y su posición en relación a las repúblicas americanas. El hispanoamericanismo se sustentaba en valores espirituales en los que ambos creían (lengua, historia, tradiciones), aunque les separaba la inclusión de la religión católica: para Jiménez de Asúa, un elemento prescindible. Coincidían en la actitud crítica hacia el panamericanismo liderado por los Estados Unidos, que se cimentaba en criterios territoriales, económicos y políticos que apenas soslayaban sus propósitos expansionistas. En la inauguración de la sección de Derecho, Jiménez de Asúa se lamentaba de que España no estuviera oficialmente representada, a pesar de sus aportaciones a los estudios penales y que, por una razón geográfica en la que todo motivo espiritual estaba ausente, se hubiera permitido al delegado de Haití hablar en francés, mientras que "no pudo hacerse oír el recio acento español del país que fundó la más antigua Universidad del continente austral, que descubrió y colonizó estas tierras de América, al que llaman los hispanoamericanos la 'Madre Patria'", y Gay lo repetía prácticamente en los mismos términos (Jiménez de Asúa 1926, pp. 93-94; Gay 1926, p. 297). Con todas sus armas discursivas, Gay defendía la acción de España en el Perú, al punto de que omitía el tiempo prehispánico para argumentar que su formación política comenzaba con la Conquista, continuaba con la colonización y seguía a partir de la independencia. Y en esa secuencia reivindicaba la importancia de "las inmortales Leyes de Indias" en la construcción del Perú moderno, un legado que no había aportado ninguna otra nación colonizadora. Como avanzó en su libro *Leyes del Imperio Español* (1924), había una diferencia sustancial entre separación, cese natural y jurídico de una relación voluntaria, y emancipación, un fenómeno biosociológico en el que los hijos adquieren madurez y personalidad para vivir independientes (Gay 1926, pp.145-150). Tras unas disquisiciones lingüístico-filosóficas sobre los significados de "pan" se ocupaba del sentido que podría tener un panamericanismo circunstancial fundado en criterios geográficos e intereses económicos, "porque el panismo o unidad racial no es un valor geográfico sino un valor "históriconacional"". Una prueba de sus limitaciones y carencias era que no incorporaba la religión, indispensable en la modelación de una comunidad de valores (Gay 1926, p.293).

Los delegados en el Congreso dieron protagonismo a Leo S. Rowe, presidente de la Unión Panamericana, un organismo al que se aproximaban de distinta manera. Jiménez de Asúa censuraba la prepotencia de Rowe, que se permitió enumerar cuáles eran las obligaciones de las repúblicas americanas: eliminar el riesgo de cualquier agresión contra el continente; evitar que se introdujera el principio europeo de “balanza o equilibrio de poder”; defender el principio de igualdad de todos los Estados americanos; y que cada república pusiera a disposición de las demás sus avances en la resolución de problemas sociales y económicos. Lo que Rowe pedía a sus “incautos oyentes” era que se mantuvieran inactivos ante los avances del imperialismo norteamericano, tanto en su dimensión económica como territorial. Ponía ejemplos de la manera en que los Estados Unidos maniobraron para evitar alianzas entre repúblicas iberoamericanas y alertaba sobre el protagonismo que, en las conclusiones del Congreso, se daba a la Unión Panamericana, confiándole, por ejemplo, el nombramiento de cinco historiadores americanistas para que redactaran un texto de historia destinado a la segunda enseñanza (Jiménez de Asúa 1926, pp. 94-97). Por su parte, Gay presentaba una imagen más atemperada y distante de Rowe, “figura de gran magnetismo personal, gran conocedor de toda América y cultivador entusiasta del americanismo”, que le invitó a visitar la institución en Washington. Gay describía las espectaculares instalaciones, aportando un profuso aparato gráfico, y daba un breve apunte sobre su historia, organización y funciones. Se trataba de una institución internacional mantenida por veintiún repúblicas americanas con el propósito de promover el comercio y las relaciones pacíficas, cuya dirección estaba a cargo de una Junta de Gobierno formada por el ministro de Estado de los Estados Unidos y los diplomáticos de los gobiernos hispanoamericanos destinados en Washington (Gay 1926, pp. 362-366).

Jiménez de Asúa mantuvo posteriormente contacto con algunos de los promotores de la celebración del Congreso de Intelectuales, en especial con Edwin Elmore. Su asesinato por el poeta oficial del régimen, José Santos Chocano, mereció su entera repulsa. En el artículo “El Crimen de Lima. Elmore y Chocano”, publicado en el periódico *La Libertad* el 8 de septiembre de 1926, volvía atrás en el tiempo y recordaba su asistencia a algunos de los festejos con que se conmemoró “la batalla que cancelaba nuestro poderío colonial americano”. Le llamó la atención el torneo poético, hueco y banal que sostuvieron Chocano (que leyó su *Canto del Hombre-Sol*), el colombiano Guillermo Valencia y el argentino Leopoldo Lugones, que mostró una agresividad impropia hacia España. El mexicano José Vasconcelos entró en escena denostando a Chocano y Lugones: dos bufones con aspiraciones de poetas, y acusando a Chocano de defender las tiranías. Elmore dio la razón a Vasconcelos y provocó la agresión de Chocano, que el 31 de octubre de 1925, en un encuentro en la redacción del diario *La Crónica*, le disparó. Jiménez de Asúa los confrontaba: Elmore representaba al intelectual preocupado por el hispanoamericanismo como estandarte de los valores comunes de los países de raíz ibérica y había sido instigador de los preparativos del congreso libre de trabajadores intelectuales iberoamericanos; Chocano, al margen de su poesía decadente, tenía una

personalidad enfermiza, una megalomanía desbordante y era conocido por sus episodios conflictivos.³² A la vuelta del Perú, Gay fue recibido por el rey, al que explicó los pormenores del Congreso Científico Panamericano y le trasladó cuál era “el momento espiritual de Lima durante el Centenario”. Alfonso XIII elogió a Bolívar, de quien admiraba su dimensión internacional y su proyecto del Congreso de Panamá, que anunciaba lo que luego se intentaría en la Liga de Naciones. Sobre todo reconocía la manera en que entendió que se debía formar una comunidad de los pueblos de la América española, no solo con vínculos espirituales sino también jurídicos e institucionales. Para Gay esa era la clave, que se vincularan los pueblos de Iberoamérica desligándose de los EEUU, que se servían del panamericanismo para imponer sus criterios económicos, políticos y territoriales (Gay 1926, pp. 299-300).

ESPAÑA EN LAS REPRESENTACIONES, LA PRAXIS Y LOS DISCURSOS DE AYACUCHO

LAS REPRESENTACIONES DE AYACUCHO

En el amplio espectro de las representaciones, el presidente Leguía dio, una vez más, un espacio específico a los españoles. Estuvieron en las celebraciones el poeta y escritor Francisco Villaespesa, a quien por sus éxitos Leguía encargó una obra de teatro “a medida”, *El Sol de Ayacucho*, y el pintor Julio Vila y Prades, requerido por el presidente para realizar dos murales conmemorativos. Ya trabajaba entonces en la capital el arquitecto y escultor Manuel Piqueras Cotolí, responsable de obras de referencia en los centenarios. A pesar del interés del presidente, el proyecto de erigir un monumento a los soldados españoles caídos en la Independencia y el combate del Dos de Mayo de 1866 quedó en el acto simbólico de la colocación de la primera piedra en el Cementerio General de Lima.

Francisco Villaespesa (1877-1936) es tratado por la historiografía como máximo exponente del modernismo en España, de cuya renovación poética fue el más temprano portavoz y principal artífice (Andújar Almansa y López Bretones 2004). Vivió su edad dorada en el Madrid del cambio de siglo hasta que las nuevas tendencias literarias lo fueron relegando. En 1917 decidió probar fortuna en América. Salvo los meses de febrero a junio de 1921 en que estuvo en España para montar la compañía teatral que representaría su obra *Bolívar*, Villaespesa pasó más de catorce años recorriendo países hispanoamericanos. Comenzó a principios de mayo de 1917, con la llegada a La Habana camino de México, y terminó a comienzos de 1931, cuando por razones de salud regresó a la Península desde su residencia en Río de Janeiro (Valles Mingo 2014, p.27; García Morales 1987, p.48). En Hispanoamérica buscó el favor de los gobernantes y un nuevo público que le devolviera el aplauso perdido. Contaba con una trama relacional de escritores

³² *La Libertad*, Madrid, miércoles 8 de septiembre de 1926 consultado en www.filosofia.org/hem/192/9260908.htm. Después retomaría el incidente en *Política, Figuras y Paisajes* (1927) y en *Crónica del Crimen* (1929). Ortemberg se refiere también a este acontecimiento (2016, p.163).

de fama, entre los que se encontraban el nicaragüense Rubén Darío, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el argentino Leopoldo Lugones y el peruano José Santos Chocano. En México escribió y estrenó *Hernán Cortés*, el primero de los poemas dramáticos de una trilogía que se continuaría con *Bolívar*, escrito en Venezuela, para terminar con *El Sol de Ayacucho* presentado en el Teatro Forero el 11 de diciembre, con asistencia de Leguía, el presidente de Bolivia, representantes de los países invitados y miembros de la elite limeña. Se mantuvo en cartel hasta el día 18 y después pasó al Teatro Ideal del Callao. De ahí se inició una gira que pasó por Arequipa y después, Bolivia, Chile, Argentina y Uruguay, terminando en Río de Janeiro en diciembre de 1928 (Valles Mingo 2014, p. 45).

La representación mereció críticas dispares: *El Comercio* del 22 de diciembre de 1924 la consideró un gran éxito, como también el español Esteban Cáceres, residente en el Perú desde hacía treinta años y autor de dos ediciones de *España en el Perú* (1923 y 1924), un libro escrito para su mayor gloria con la intención de enaltecer por igual el legado de España y el progreso de la República.³³ Cáceres mantenía una antigua amistad con Villaespesa y daba testimonio de su entrada triunfal en la ciudad de los virreyes [sic] “en medio de las aclamaciones delirantes del pueblo que lo aclamaba sin cesar” porque conocía que el poeta se había dedicado a propagar “las glorias inmarcesibles de España y la Raza” (Cáceres 1924, pp. 232-235).

Los comentarios laudatorios contrastaban con el del costarricense Rogelio Sotela que registraba que la obra no recibió el aplauso unánime de los espectadores porque no fue bien entendido que Bolívar fuera representado como un hombre común, con un pañuelo atado a la cabeza y bebiendo leche (Sotela 1927, p. 85). El hecho es que no se editó en Lima sino en Santiago de Chile en 1925. Valles Mingo sugiere que, en el plano simbólico, *El Sol de Ayacucho* mostraba las naciones americanas como cachorros de la misma “leona” –la madre patria– y que Bolívar luchaba, no contra España, sino contra sus gobiernos y la decadencia de la Monarquía (2014, pp. 56-57). En los días que permaneció en Lima, Villaespesa asistió a la fiesta que el Ateneo de Lima preparó a escritores españoles y americanos el día 23 de diciembre y a la cena organizada por la Legación española el primero de enero de 1925 (Valles Mingo 2014, p. 43.)

Al inicio de la década de 1920, el valenciano Julio Vila y Prades (1873-1930) era un pintor de éxito. En 1905 comenzó a viajar por América dándose a conocer y recibiendo encargos. Requerido por Leguía, que conocía su obra, llegó a Lima por primera vez en la navidad de 1922. El presidente estaba interesado en que realizara dos pinturas murales en relación con el Centenario de Ayacucho y aceptó la propuesta del pintor de que uno de ellos representara la batalla de Ayacucho y el otro inmortalizara el Centenario, con símbolos y personalidades que asistieron a la celebración. Durante los seis meses que permaneció en el Perú, realizó bocetos y recabó información; y de vuelta a España, en el otoño de 1923, comenzó a trazar las primeras ideas. Volvió a Lima junto con su fa-

33 Las dos ediciones de *España en el Perú*, la segunda editada en homenaje al Centenario de Ayacucho, contaron con el apoyo moral y material de Leguía que le había obsequiado un retrato con dedicatoria y había adquirido para el Estado un número considerable de ejemplares (Cáceres 1924, pp.7-9).

milia a comienzos de diciembre de 1924 y recogió apuntes sobre los asistentes a las fiestas. De regreso, según su hija Carmen Vila Artal, “ejecutó el fabuloso rompecabezas del Diorama Acto de la Conmemoración de la batalla de Ayacucho” (1974, s.p.). Para junio de 1926, la obra estaba terminada y se exponía en Madrid en el Ministerio de Fomento, al que acudieron a admirarla Alfonso XIII, Primo de Rivera y varios ministros. En Lima, este gesto fue entendido como una muestra de amistad, aunque Vila Artal no deja de lamentar la ausencia oficial de España en el Centenario.³⁴ Vila y Prades hizo personalmente la entrega del primer encargo en Lima en septiembre de 1926; y el Diorama se ubicó en el Museo Bolivariano. De inmediato, se recluyó para cumplir la segunda parte del contrato, el mural de la Batalla de Ayacucho. Avanzó intermitentemente a lo largo de 1927, alentado por la noticia de que le había sido concedida por el gobierno peruano la condecoración de la Orden del Sol.³⁵ A pesar de su voluntad, no pudo terminar la pintura, interrumpida por su muerte el 9 de julio de 1930.³⁶

El cordobés Manuel Piqueras Cotolí (1885-1937) había llegado a Lima en julio de 1919, contratado como profesor de la Academia Nacional de Bellas Artes, y se abrió camino en el campo de la arquitectura y la escultura, dejando su impronta en el llamado “estilo neoperuano”, síntesis de lo prehispánico y lo hispano. Durante el Oncenio, su prestigio se vio recompensado con encargos de importancia, entre ellos varios vinculados a los centenarios. En 1921 se le encomendó, con miras al Centenario de la Independencia, la reconstrucción de la fachada del Palacio de Gobierno, destruida por un incendio, y el trazado de la Plaza de San Martín, centro emblemático del Centenario presidido por la estatua de San Martín, escultura realizada por el español Mariano Benlliure. No había dejado de trabajar cuando el Centenario de Ayacucho lo devolvió al primer plano de la actualidad. Además de presidir una de las secciones del Tercer Congreso Científico Panamericano, concluyó las obras de la fachada de la Escuela Nacional de Bellas Artes y, sobre todo, diseñó y supervisó la arquitectura y la decoración del Salón de Recepciones del Palacio de Gobierno, que se inauguraría el 9 de diciembre. Su gran realización, que comenzaría a tomar forma en 1926, fue el Pabellón Peruano en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929.³⁷

34 La prensa española se hizo eco de la visita del Rey y de miembros del gobierno reproduciendo imágenes del cuadro mural: *La Esfera*, 19 de junio de 1926; *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes*, año V, nº 38, Madrid, junio 1926; *ABC*, 21 de octubre de 1927.

35 El diario *ABC* se hacía eco de la distinción: “Vila Prades, el ilustre pintor valenciano uno de los maestros de la paleta que ha sabido llevar a América luminosas muestras de escuela española, ha sido objeto de una merecida distinción por el gobierno peruano. Por su encargo pintó hace meses Vila Prades un cuadro de gran tamaño destinado al Parlamento, reproduciendo el acto conmemorativo del centenario de Ayacucho”, *ABC*, 21 de octubre de 1927.

36 *ABC*, 11 de noviembre de 1928 publicaba fragmentos del Diorama en proceso de ejecución; Villegas Torres parte de Vila Artal añadiendo documentos del ministro del Perú en España Eduardo S. Leguía y prensa española, 2013, pp.268-274. <http://eprints.ucm.es/23154/1/T34818>.

37 El *Catálogo Manuel Piqueras Cotolí (1885-1937)*, 2003, reúne varios trabajos que rescatan al artista español en sus distintas dimensiones, ver Wuffarden, pp.44-45 y García Bryce, pp.120-122; Gutiérrez Viñuales retomó su biografía y trayectoria, 2011, pp.189-211.

La erección de un monumento a los españoles caídos en la Guerra de Independencia y el Dos de Mayo de 1866 se había puesto sobre el tablero durante la visita del cardenal Benlloch en noviembre de 1923, cuando el ministro de Guerra Benjamín Huamán de los Heros presentó el proyecto al Congreso el 12 de ese mes. Era otra oportunidad que España no debía desperdiciar; por eso, Jaime de Ojeda sugirió al subsecretario del ME enviar para el evento a un alto representante de la marina española que podría ser el Agregado Naval en Washington o Buenos Aires o, mejor aún, alguna prestigiosa figura de la Armada.³⁸ En esta ocasión se dispuso que se trasladara Adolfo Solás, agregado naval de la embajada de España en los Estados Unidos. El 12 de enero se reunieron, entonces, en el Cementerio General de Lima, el presidente de la república y su gobierno, los presidentes de las Cámaras, una representación de la Marina y del Ejército, el personal de la Legación y el Consulado de España, miembros de la colonia y mucho público para proceder a la colocación de la primera piedra, ceremonia que fue cerrada con los discursos del ministro de la Guerra, Solás, y Leguía, que expresó su admiración por la Marina Española.³⁹

Para dar cuerpo al proyecto, el gobierno de Leguía había convocado un concurso para la construcción del monumento. La manera en que se concibió ponía en evidencia el interés en que la obra fuera realizada por un escultor español. Por eso, apenas se difundió en el Perú, el peso de las gestiones recayó en Eduardo S. Leguía, quien se preocupó de presentar las bases en los medios de comunicación. Se hizo eco la *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes*, que entendía el gesto como una nueva muestra del sincero afecto de la “hermosa República hermana” hacia España, y por eso “con verdadero júbilo hacemos pública esta reciente prueba de devoción hacia la madre patria, que tan elocuentemente anula la leyenda negra que nuestros enemigos tejieron en derredor del nombre de España”.⁴⁰ La convocatoria especificaba el número y la cuantía de los premios, las normas que debían seguir los candidatos y el plazo para entregar los proyectos. También se indicaba la ubicación en el Cementerio General de Lima, aunque más tarde el presidente cambió de opinión y se decantó porque se erigiera en alguna plaza pública, lo que supuso una modificación en las bases que provocó confusión entre los candidatos, los cuales solicitaron que se ampliara el plazo de entrega. Llegó diciembre y en Lima no se contaba con ninguna propuesta. En Madrid, a comienzos de 1925, todo estaba dispuesto para que la Academia de San Fernando recibiera los proyectos, pero hasta finales de mayo no viajaría al Perú la maqueta de Lorenzo Coullaut Valera. Según Villegas Torres, que aporta la correspondencia de Eduardo S. Leguía con su gobierno, se presentaron solo cuatro bocetos, cuando en las bases constaba que serían cinco los que podrían optar al premio. El ministro anunció que serían enviados al Perú, aunque opinaba que no reunían las condiciones requeridas en cuanto

38 Jaime de Ojeda al subsecretario ME, Lima 6 de noviembre de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas Legaciones H 1680.

39 Jaime de Ojeda al Presidente del Directorio militar, Lima de 16 enero de 1925, AMAE Política H 2603.

40 *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes* año III, nº 17, Madrid, septiembre de 1924, pp. 46-47.

a nivel artístico (Villegas Torres 2013, pp. 425-433). Finalmente todo quedó en fuegos de artificio porque el concurso nunca se resolvió y el monumento nunca se construiría.

LA VERTIENTE PRÁCTICA DE AYACUCHO.

LA FERIA EXPOSICIÓN DE PRODUCTOS HISPANO-PERUANOS

La elite de la colonia española se había implicado en el Centenario de la Independencia y como muestra de amistad había obsequiado al Perú un Arco Neomorisco que se levantó en la entonces Avenida Leguía y fue entregado a la municipalidad de Lima el 29 de julio de 1924, cuando ya la programación del Centenario de Ayacucho estaba en curso. Si entonces se optó por una aportación simbólica encabezada por el Casino Español y la Sociedad Española de Beneficencia, en esa ocasión la elite de la colonia liderada por la Cámara Española de Comercio del Perú se decidió por una alternativa práctica. Simultáneamente a las ceremonias oficiales, aunque en un segundo plano, el Oncenio programó exposiciones de productos hispanoamericanos cuya organización debía correr a cargo de los países participantes. España hizo su apuesta y entre los días 19 y 31 de diciembre tendría lugar la Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos (Martínez Riaza 2006, pp. 348-349). El origen estuvo en una propuesta de fabricantes catalanes que llegó a Lima y Leguía incorporó como parte de las actividades del Centenario. Para mostrar una vez más su afecto a España, dio instrucciones a su ministro en Madrid para que trasladara al Gobierno de S. M. la invitación oficial del Perú. Paralelamente, los promotores consiguieron apoyo del ministro de España, Jaime de Ojeda, el cónsul general en Lima-Callao, Antonio Pinilla Rambaud, y la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú.

La Junta Nacional del Comercio Español en Ultramar (JNCEU) tomó las riendas en España y logró que el Ministerio de Estado aceptara la invitación del Gobierno del Perú.⁴¹ El 15 de junio, entró en el proyecto el Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, que con el informe favorable del Ministerio de Estado declaró oficial la concurrencia española a la Feria. La maquinaria se puso en funcionamiento: se inició una campaña de propaganda entre los posibles expositores, se abrieron créditos, se nombró delegado del gobierno a D. Rodolfo Gozalvo, comerciante español establecido en el Perú, se solicitó a la Compañía Trasatlántica, que en ese tiempo llegaba al Callao (Martínez Riaza 2002), el transporte gratuito de los muestrarios, y se buscó el concurso de los organismos directivos de la Feria Internacional de Muestras de Barcelona y de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, además de las Cámaras Oficiales de Comercio, Industria y Navegación. Todo quedó regulado en las reales órdenes del 29 de julio. La JNCEU procedió a redactar un reglamento que unificara la concurrencia de los productos y exportadores españoles y las normas a que debían ajustarse los envíos. La Compañía

41 Se constituía el 12 de julio de 1923 en el marco de las resoluciones del Primer Congreso del Comercio Español de Ultramar. Dependía del Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria para desarrollar las relaciones entre productores y comerciantes peninsulares y los establecidos en América y Filipinas, JNCEU, Reglamento 22 octubre de 1923. Madrid: Gráficas Reunidas.

Trasatlántica, en su deseo de contentar al Gobierno e intensificar el comercio español con América, concedió toda la capacidad que fuera precisa para el transporte de mercancías y un flete gratuito en el *Manuel Arnús*, a zarpar el 10 de septiembre, y si fuera necesario, aportaría otro buque adicional.⁴² Para dejar registro de la magnitud de la empresa, el jefe superior de Comercio y Seguros Sr. Iranzo promovió la publicación de un *Catálogo* con el repertorio de los expositores españoles y los artículos que se exhibirían. En la introducción presentaba la Feria-Exposición como “una oportunidad magnífica para que los amores de Perú y España destaquen como aroma de flores hermosas” en el marco de la conmemoración de la batalla de Ayacucho, “librada entre leones unidos por la nobleza de cuna”. El acicate había sido la invitación del Gobierno de la República Peruana, que así favorecía “vivir la grandiosa unidad espiritual de ambos pueblos contribuyendo al esplendor de los homenajes ofrecidos a la gloria de los genios de la raza”.⁴³

En la prensa española, *ABC* fue el diario que en mayor medida atendió el evento. El 3 de julio, antes incluso de la publicación del *Catálogo*, adelantaba el estado de los trabajos de organización y los organismos que estaban involucrados bajo el liderazgo de la JNCEU, aportando información sobre el reglamento y algunos detalles relacionados con el transporte y los gastos consiguientes.⁴⁴ Más adelante se ocupaba de los preliminares dando noticia del almuerzo en que se reunieron el subsecretario de Trabajo, el jefe superior de Comercio y Seguros y el Sr. Prats de la comisión permanente de la JNCEU. El objeto era despedir a Jaime de Ojeda, Embajador Extraordinario de España ante el gobierno del Perú con motivo de la conmemoración de la batalla de Ayacucho, y al Sr. Gonzalbo Aguilar, delegado del gobierno español en la Feria.⁴⁵ Por fin, en un rincón perdido de la sección “Informaciones y noticias del extranjero”, se mencionaba la “Inauguración de la Feria Hispano Peruana”, “bajo la Presidencia de Leguía y con asistencia del gobierno y el cuerpo diplomático y consular, misiones extranjeras y representación de diversas clases sociales”.⁴⁶ La revista de la Unión Iberoamericana se limitaba a reproducir el listado de casas y productos españoles que figuraban en el *Catálogo* y a hacer notar que lo hacía porque era deber de la asociación coadyuvar al fomento de las relaciones comerciales iberoamericanas.⁴⁷

En España, el Consulado General del Perú en Barcelona, que era centro neurálgico de la vida económica y comercial española, atribuiría a la Feria un rotundo éxito, tanto por la calidad de los productos expuestos como porque en el Perú todo lo español tenía una

42 La intensa campaña de propaganda despertó el interés de un número tan elevado de exportadores que fue necesario contar con el segundo envío de muestrarios en el *Buenos Aires*, que zarpó de Barcelona el 10 de octubre. *El Sol*, 19 de septiembre de 1924.

43 *Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos. Catálogo Oficial de la sección española*. Lima, diciembre de 1924, pp. 7-12.

44 *ABC*, 3 de julio de 1924.

45 *ABC*, 8 de septiembre de 1924.

46 *ABC*, 24 de diciembre de 1924.

47 *Unión Iberoamericana*, año XXXVIII, noviembre-diciembre de 1924, pp. 102-103.

favorable acogida. A la apertura asistió el Jefe del Estado que fue recibido por el Sr. Jaime de Ojeda, ministro plenipotenciario de España, el Sr. Rodolfo Gonzalbo Aguilar, delegado del gobierno español en la Feria Exposición, y por los representantes de las distintas casas comerciales. Le secundaba Eduardo S. Leguía que se atribuía el éxito de la Feria, una actividad que formaba parte de la misión que tenía encomendada de no solo afianzar los vínculos de afecto y amistad sino también de desarrollar las relaciones comerciales. Desde Madrid, el 20 de enero de 1925, hacía su propio balance de un certamen que se había desarrollado con ocasión del Centenario de Ayacucho en el que la industria española había tenido “tan brillante representación que inspiraría a los gobiernos de España y el Perú para desarrollar nuevas iniciativas de mutua y trascendental importancia para el futuro”.⁴⁸ Por el contrario, la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú, que reunía a la elite económica de la colonia, no quedó satisfecha con los resultados y responsabilizó a la JNCEU de haber actuado con una mezquindad que contrastaba con la generosidad del propietario de la Compañía Transatlántica. Entre las causas de lo que consideraba un fracaso, la Junta Directiva de la Cámara señalaba la falta de tiempo y la precipitación con que se preparó la Feria que hizo que apenas concurrieran doscientos expositores y que no se mostraran productos novedosos y atractivos; la escasa difusión en los medios de comunicación que hizo que muchos potenciales expositores no se enteraran y quedaran al margen; y el hecho de que tampoco el escenario fuera el más apropiado porque la imposibilidad de contar con los locales del Club Nacional, como se preveía, relegó la muestra al convento de los agustinos, que no reunía las condiciones.⁴⁹

EL HISPANISMO EN LOS DISCURSOS DE AYACUCHO

Siguiendo la tradición, el año 1924 se abrió con la recepción que el presidente de la República ofrecía al cuerpo diplomático acreditado en el Perú. En su nombre tomaba la palabra el nuncio de Su Santidad, quien centró su intervención en la efemérides de Ayacucho que despuntaba cuando aún resonaban los ecos del gran Centenario de la proclamación de la independencia. A finales de ese año, se cumpliría la primera centuria

...de aquella gran jornada en que estos bravos hijos de los leones de Castilla –por usar la frase escultural que profirió el eminentísimo señor cardenal Benloch en una de sus geniales improvisaciones durante su corta pero inolvidable y gratisima visita a estas hospitalarias playas– altivos como sus progenitores y deseosos de plena emancipación, sacudiendo la melena se arrancaron de los brazos de la madre cariñosa, que llevada por su amor, luchaba aun por mantenerlos estrechados contra su pecho siempre hidalgo y magnánimo.⁵⁰

48 *El Perú. Revista Mensual. Órgano de Propaganda del Consulado General del Perú en Barcelona*, nº 3, Barcelona, febrero de 1925, p. 4 y pp. 6-8.

49 Memoria de la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú, 1925 en *Boletín de la Cámara Oficial Española de Comercio en el Perú*, nº 10-12, Lima, agosto de 1925, pp. 2-4, en Martínez Riaza 2006, p. 347.

50 César Elguera, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, s.f., AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 1680; cit. Martínez de Velasco 1981, p.190.

El 6 de diciembre comenzaban las actividades del Centenario y, en la mayoría de los discursos que acompañaron, España era incorporada como epicentro de la comunidad a la que las repúblicas hispanoamericanas pertenecían y se la reconocía como la madre de la que los hijos se habían legítimamente emancipado sin que se cortaran los vínculos espirituales (*El Perú en el Centenario de Ayacucho...*, 1925, s.p.). Al menos no hubo expresiones antiespañolas, con la excepción de la arenga agresiva del argentino Leopoldo Lugones que entendía que había llegado para América “la hora de la espada” (Ortemberg 2016, p.162). El 9 de diciembre, en la inauguración del monumento a Sucre, Pedro Arcaya, jefe de la Embajada de Venezuela, mencionaba, sin denostarlo, a Pablo Morillo, el oficial realista que comandó en 1815 la gran expedición enviada por Fernando VII, responsable del brutal asedio a Cartagena de Indias (Sotela 1927, p.16). Hasta Francisco Pizarro encontraba su lugar en la inauguración del Panteón de los Próceres el 10 de diciembre, cuando en la entrega que hizo de su estandarte y de la espada de Bolívar, el representante venezolano, sin ocultar la crueldad y dureza de la conquista, rescataba su resultado, “la transmisión del alma de España a las dormidas razas de la América” (Sotela 1927, p.75).

Pío Max Medina era senador por Ayacucho y había sido ministro de Fomento y Obras Públicas hasta mayo de 1924. En *Ayacucho. Homenaje a la magna empresa de la emancipación política en el centenario de la batalla del 9 de diciembre de 1824* componía una historia de las gestas libertadoras del Perú desde Tupac Amaru, que abría y cerraba con una interpretación hispanista del significado de Ayacucho, culminación del acontecimiento más importante de su tiempo, símbolo de un pasado épico y arranque del porvenir de unas naciones que en el Centenario renovaban su unión y solidaridad. Para Medina el 9 de diciembre era una fecha de “amor a la raza, que suscita nuevas relaciones y torna más estrechos los vínculos de cariño entre los pueblos de la gran comunidad que tiene por su rango, lugar de verdadera primacía en la Historia. Al decir esto, nos referimos a la Madre Patria” (Medina 1924, p. VI). Era momento de rendir tributo a una metrópoli que había preparado a los americanos para la libertad, dejándoles el legado de una comunidad de valores que se celebraba en el Día de la Raza,

En la áurea fecha de hoy, vayan junto con nuestros saludos a España, la descubridora del Nuevo Mundo, y a todas las naciones que se han asociado a la nuestra, para la magna celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, nuestros fervientes votos por la obra de solidaridad bien entendida, por la consolidación de afectos e intereses de los pueblos unidos por eternos lazos morales y de tradición imborrables llamados a transformar, en un futuro no muy lejano, las condiciones en que se desenvuelve actualmente la vida política de los Estado (Medina 1924, p. 205).

De entre todos los discursos, sobresale el que pronunció Leguía al recibir de Jaime de Ojeda la escueta nota autógrafa de Alfonso XIII, refrendada por Primo de Rivera, en que nombraba al ministro residente “Embajador en Misión Extraordinaria”. Ni el rey ni Ojeda se preocuparon por dar contenido a sus intervenciones. El embajador se limitó a mostrar su agradecimiento por la misión que el monarca le había conferido y dedicaba apenas unas frases a valorar la unidad moral existente entre dos pueblos que

habían vertido en Ayacucho la sangre que “venía de un solo corazón” y transmitir el orgullo que sentía España por haber sido progenitora del Perú. Por otro lado, deslizaba el hecho de que la presencia de su país, por razones que no tenían que ver con el amor y la gratitud de la madre hacia la hija, no era tan brillante como lo había sido en 1921. La nota de Alfonso XIII era aún más escueta y distante, tras presentar a Ojeda con todos sus títulos y condecoraciones pedía a Leguía que le recibiera con todo el crédito que merecía su designación. El presidente de la república sí se empleaba a fondo en una pieza discursiva que contenía todos los tópicos de la retórica hispanista, comenzando por afirmar que Ayacucho no podía reputarse como una derrota de España sino como un acto inherente a la historia del hombre, el de la emancipación de quienes rompen la tutela política pero conservan la herencia de sus antepasados. En Ayacucho culminó una inevitable crisis de crecimiento y la capitulación fue una carta que proclamaba la pujanza del genio español en una multiplicidad de hijas liberadas por un descendiente de vascos, Bolívar. Todo en América permanecía unido a la madre patria,

Para arrancarnos a España del alma necesitaríamos quitarnos de la conciencia su religión, de la vida sus costumbres, de la memoria sus tradiciones, de los labios la más hermosa de las lenguas modernas y de las venas esa impetuosa sangre que animó a los héroes que, partiendo de las fronteras de un reino donde se oía la trompeta del palacio Real, no solo reintegraron el suelo perdido de la patria, sino que conquistaron todos los mares y todos los continentes del planeta, llegando en su marcha triunfal hasta el Imperio del Sol, en donde Pizarro renovó las hazañas de don Pelayo y el Cid (*El Perú en el Centenario de Ayacucho... 1925*, pp.143-148).

A MODO DE BALANCE

La iniciativa partió de Leguía. Como en el Centenario de la Independencia, el presidente mostró un interés especial en que, en la celebración del de Ayacucho, España estuviera representada, cursando, como en aquella ocasión, invitación personal a Alfonso XIII o, en su defecto, a una Embajada de alto nivel. El rey y el gobierno del Directorio militar prefirieron “rehuir” la proposición y mirar hacia otro lado, declinando ocupar el lugar preminente que se le adjudicaba como correspondía a la madre patria en un momento especialmente simbólico.

No hubo ninguna declaración oficial que explicara tal decisión. Sin duda, incidieron los problemas internos que enfrentaba el Directorio militar, pero en el trasfondo había una razón que se dirimió entre personas de alta responsabilidad del Ministerio de Estado y que no debía llegar a conocimiento del gobierno del Perú: no tenía sentido asistir a la celebración de lo que fue la “desgraciada batalla”, la última derrota de las armas españolas en sus dominios continentales. La respuesta oficial se sustentó en motivos económicos y en el hecho de que España ya había participado con una misión especial en el Centenario de la independencia.

No lo entendieron así los representantes diplomáticos, Jaime y Gonzalo de Ojeda Brooke, que en varias ocasiones presentaron al Ministerio sus argumentos. Uno de ellos

era la actitud de Leguía, que había dado pruebas de su afecto y amistad obsequiando, con motivo del Centenario de la Independencia, la sede de la Legación española e introduciendo en la agenda del de Ayacucho la colocación de la primera piedra del monumento a los soldados españoles caídos en la Independencia y en el Combate del Dos de Mayo de 1866. En un plano más general, entendían que había que considerar que en Lima se reunirían representantes de prácticamente todas las repúblicas americanas, lo que daría a España la oportunidad de ganar en influencia. Por el contrario, la falta de participación podría ser interpretada como una muestra de indiferencia. Sus razones no fueron atendidas y finalmente Alfonso XIII se limitaría a nombrar a Jaime de Ojeda como su Embajador Extraordinario y a enviar un escueto telegrama de felicitación.

La vía alternativa del gobierno peruano, la invitación a intelectuales y artistas de prestigio, solo fue aceptada por el periodista Camba y los académicos Gay y Jiménez de Asúa. Ninguno de los tres prestó atención especial a las actividades del Centenario, pero Jiménez de Asúa y Gay aprovecharon la estancia para asistir al Tercer Congreso Científico Panamericano y a una reunión preparatoria de un Congreso de intelectuales iberoamericanos. Para ambos, el Centenario fue motivo de reflexión sobre el sentido de la Independencia y el hispanoamericanismo y su contraparte el panamericanismo.

De nuevo Leguía buscó a artistas españoles, que dejaron impronta en las representaciones de Ayacucho. El mural de la Batalla del pintor Vila y Prades pasó a una de las salas del Museo Bolivariano y el escritor Villaespesa tuvo la oportunidad de estrenar *El Sol de Ayacucho* con todos los honores en el Teatro Forero. En el orden de las realizaciones prácticas, en la Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos el presidente se hizo con el timón y otra vez cursó invitación al gobierno que dejó el asunto en manos del Ministerio de Trabajo, la Junta Nacional de Comercio Español en Ultramar y, en Lima, de la Legación y la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú. A pesar del desaire del gobierno de Primo de Rivera, los discursos del Centenario de Ayacucho, con los de Leguía en primer plano, fueron un despliegue de hispanismo, de culto a España, de entender la independencia no como una separación sino como una emancipación y de fomentar los lazos espirituales de la comunidad hispanoamericana de la que la madre patria era la raíz.

El Centenario de Ayacucho recibió escasa cobertura en España. Apenas unas voces aisladas se dejaron oír a través de la prensa, particularmente *El Sol*, y de conferencias en espacios restringidos como la Unión Iberoamericana. En el trabajo no se abordan los gestos puntuales que trataron de dar protagonismo a la efemérides, como el de la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos. Desde luego, el Centenario no tuvo impacto social alguno, como tampoco lo había tenido en 1825 la “desgraciada batalla” de Ayacucho que puso fin a la presencia española en los dominios continentales de la Corona. Los españoles tenían otras prioridades y América quedaba lejos en la distancia y en sus preocupaciones. El Directorio militar de Primo de Rivera enfrentaba crisis de muy diversa índole y su interés quedó, en este caso, en poco más que una declaración de intenciones y propaganda retórica.

FUENTES IMPRESAS Y BIBLIOGRAFÍA

- ANDÚJAR ALMANSA, J., J. L. LÓPEZ BRETONES (eds.), 2004. *Villaespesa y las poéticas del modernismo*. Almería: Universidad de Almería.
- CÁCERES, E., 1924. *España en el Perú: homenaje al Centenario de la batalla de Ayacucho*. Lima: La Opinión Nacional.
- CAMBA, J., 1925. Un viaje al Perú. *El Sol*, 7, 8, 21 y 24 de noviembre y 9 diciembre.
- CHAUPIS TORRES, J., 2015. Patria y nación: Leguía durante el Centenario de la Batalla de Ayacucho. *Investigaciones Sociales*, vol. 19, nº 34, pp. 131-141.
- DEL ARENAL, C., 2011. *Política exterior de España y relaciones con América Latina. Iberoamericanidad, europeización y atlantismo en la política exterior española*. Madrid: Fundación Carolina - Siglo XXI.
- DOMÍNGUEZ MÉNDEZ, R., 2013. El viaje del cardenal Benlloch por Iberoamérica en 1923. Los intereses de España e Italia en la correspondencia diplomática del Archivo Segreto Vaticano. *Confluente, Revista di Studi Iberoamericani*, vol. 5, nº 1, pp. 218-233.
- DRINOT, P., (en prensa). La Patria Nueva de Leguía a través del siglo xx, en P. DRINOT (ed.). *La Patria Nueva: Economía, Sociedad y Cultura*. Lima: Editorial Horizonte. Disponible en Academia.edu.
- Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos. Lima, diciembre de 1924. *Catálogo Oficial de la sección española*, 1924. Madrid: Gráficas Reunidas S. A.
- GARCÍA BRYCE, J., 2003. La arquitectura de Manuel Piqueras Cotoí, en *Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937) Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú*. Lima: Museo de Arte, pp.119-133.
- GARCÍA MORALES, A., 1987. El americanismo en la poesía de Francisco Villaespesa. *Andalucía y América en el siglo xx: Actas de las VI Jornadas de Andalucía y América*, II. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, pp.45-58.
- GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G., 1987. *Los intelectuales y la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Alianza.
- GAY Y FORNER, V., 1926. *En el Imperio del Sol: en torno a los orígenes y formación del Perú Moderno. En el Centenario de la batalla de Ayacucho*. Madrid: Blass.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E., 2005. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*. Madrid: Alianza.
- GONZÁLEZ SORIANO, J. M., (ed.), 2015. *Julio Camba. Constantinopla seguido de un viaje al Perú*. Sevilla: Renacimiento.
- GUTIÉRREZ VIÑUALES, R., 2011. Manuel Piqueras Cotoí. Ancestralidad y modernidad en el arte peruano. En *Andalucía y América. Patrimonio artístico*. Granada: Universidad de Granada, pp. 189-211.
- IRUROZQUI, M., 1994. El Perú de Leguía. Derroteros y extravíos historiográficos. *Apuntes (Lima)*, nº 34, pp. 85-101.
- JIMÉNEZ DE ASÚA, L., 1926. *Derecho Penal de la República del Perú*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- 1927. *Política, figuras y paisajes*. Madrid: Mundo Latino.
- 1929. *Crónica del crimen*. Madrid: Historia Nueva.
- LINARES MÁLAGA, F. E., (rec.), 1924. *El cardenal Benlloch en el Perú: reseña completa de las recepciones, discursos, ceremonias religiosas, homenajes y fiestas sociales*. Lima: Imprenta y Litografía Scheuch.
- Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937) Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú*, 2003. Lima: Museo de Arte.
- MARTÍNEZ RIAZA, A., 1994a. Las buenas relaciones de dos regímenes autoritarios. El Perú y España durante el Oncenio (1919-1930). En P. GARCÍA JORDÁN, M. IZARD, J. LAVIÑA (coords.). *Memoria, creación e historia. Luchar contra el olvido*. Barcelona: Universitat Barcelona, pp.273-291.
- 1994b. El Perú y España durante el Oncenio. El hispanismo en el discurso oficial y las manifestaciones simbólicas (1919–1930). *Histórica*, vol. XVIII, 2, pp. 335-363.
- 2003. La Compañía Trasatlántica en el Perú. Intereses diplomáticos y comerciales en la génesis y desarrollo de una empresa arriesgada (1899-1935)". *Anuario de Estudios Americanos*. Tomo LX, I, pp.157-182.
- 2006. "A pesar del gobierno". *Españoles en el Perú, 1879-1939*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- MARTÍNEZ DE VELASCO, A., 1977. Política exterior del gobierno de Primo de Rivera en Iberoamérica. *Revista de Indias*, nº 149-150, pp. 788-798.
- 1980. La reforma del cuerpo diplomático por Primo de Rivera. *Revista Internacional de Sociología*, T. XXXVIII, nº 35, julio - septiembre, pp. 409-442.
- 1981. Relaciones hispano-peruanas durante la dictadura de Primo de Rivera: El Centenario de Ayacucho. *Quinto Centenario*, vol. 2, pp. 175-194.
- MARTUCCELLI CASANOVA, E., 2006. Lima, capital de la Patria Nueva: el doble Centenario de la independencia del Perú. *Apuntes* (Bogotá), vol. 19, nº 2, pp. 256-273.
- MEDINA, P. M., 1924. *Ayacucho: homenaje a la magna empresa de la emancipación política en el Centenario de la batalla del 9 de diciembre 1824*. Lima: Torres Aguirre.
- MORENO LUZÓN, J. y R. GUTIÉRREZ VIÑUALES (eds.), 2012. *Memorias de la independencia. España, Argentina y México en el primer centenario (1908-1910-1912)*. Madrid: Acción Cultural Española.
- ORREGO, J. L., 2014. *¡Y llegó el Centenario! Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía*. Lima: Ed. Titanium.
- ORTEMBERG, P., 2015. Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924). *Anuario de Estudios Americanos*, 72, 1, enero-junio, pp. 321-350.
- 2016. Los centenarios de 1921 y 1924, desde Lima hacia el mundo: ciudad capital, experiencias compartidas y política regional. En A. LOAYZA PÉREZ (ed.). *La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública*. Lima: IEP, pp. 135-165.
- PEREIRA, J. C., 1986. Primo de Rivera y la diplomacia española en Hispanoamérica: el instrumento de un objetivo. *Quinto Centenario*, vol. 10, 1, pp. 131-156.
- El Perú en el Centenario de Ayacucho. Recopilación efectuada por la Secretaría del Señor Presidente de la República de los discursos publicados en las ceremonias conmemorativas* (prólogo de Luis Ernesto Denegri), 1925. Lima: Ed. Garcilaso.
- REVILLA GUIJARRO, A., 2002. *Periodismo y literatura en la obra de Julio Camba*. Pontevedra: Diputación de Pontevedra.
- SEPÚLVEDA MUÑOZ, I., 1994. *Comunidad cultural e hispanoamericanismo, 1885-1936*. Madrid: UNED.
- 2005. *El Sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Fundación Carolina - Marcial Pons.
- SOTELA, R., 1927. *Crónicas del Centenario de Ayacucho en Lima*. San José de Costa Rica: Imp. María V. de Lines.
- SUEIRO, S., 1992. Retórica y realidades del Hispanoamericanismo en la Dictadura de Primo de Rivera. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 28, pp.143-159.
- VALLES MINGO, R. 2014., *La actividad y la producción literaria de Francisco Villaespesa en México (1917-1919)*. Tesis Doctoral leída en Almería 28/03/2014. Editorial Universidad de Almería, Colección: tesis doctorales (edición electrónica) google.<http://books.google.com/la-actividad-y-la-produccion-literaria/html>
- VILA ARTAL, C., 1974. Julio Vila y Prades, mi padre. En *Julio Vila y Prades, 1973-1930*. Madrid: Sala de Exposiciones de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, s.p.
- VILLAESPESA, F., 1925. *El Sol de Ayacucho*. Santiago de Chile: Nacimiento.
- VILLEGAS TORRES, F., 2013. *Vínculos artísticos entre España y Perú (1892-1929): elementos para la construcción del imaginario nacional peruano*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, <http://eprints.ucm.es/23154/1/T34818>.
- WUFFARDEM, L. E., 2003. Manuel Piqueras Cotoí, Neoperuano de ambos mundos. En *Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937) Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú*. Lima: Museo de Arte, pp. 21-60.